

pes y á la nobleza: los asuntos públicos son los asuntos del pueblo, es decir, de todos los miembros de la sociedad: el pueblo confia sus asuntos al rey para que los administre bien, so pena de restituirlos, y quien los tuviera de otra manera, seria reputado por tirano y usurpador del bien ageno; la denominacion de pueblo comprende tanto á la nobleza como al populacho; y como que son iguales ante Dios y nuestra naturaleza, deben haberse con mutuas consideraciones y caridad.—

La caridad era palabra desconocida á ese Paulo Emilio que vendió en Roma, cual se venden los brutos en nuestros ganaderos, á ciento cincuenta mil hombres de Epiro, por solo el crimen de no haber podido sacrificarle á la independencia de su patria.

Tambien era desconocida á César, sagaz y valiente guerrero, sabio historiador y diestro político, es cierto, pero mal ciudadano y hombre insensible, que vendió en pública almoneda á cincuenta y tres mil infelices de Namur, para dar á sus soldados los medios de ir á contemplar en el feroz espectáculo del *circo* los trozos ensangrentados de los esclavos entregados á los leones.

Qué, llamaré *sabia* á esa antigüedad en que las tres cuartas partes de los hombres estaban condenados, por la ley cruel de esclavitud, al embrutecimiento intelectual y moral, y á vivir sin religion, sin afecciones, sin legítima descendencia!

Perdonémos á los entusiastas del *heroísmo* y de las Eglogas que no comprenden. Pero ruegoles que concedan un recuerdo de gratitud á la Edad Media por los numerosos y benéficos descubrimientos que nos ha transmitido, y por haber restringido, en su último siglo, el número y valor de los títulos de nacimiento y de otros privilegios inmorales, para levantar de su abatimiento á la clase mas numerosa y útil de la sociedad; lo mismo que el sol ha dejado sepultado bajo de eternas nieves el pequeño círculo polar que antes favoreciera, para hacer brotar en la grande extension de la tierra flores y frutos, contento y felicidad.

Las leyes que gobiernan la naturaleza son las leyes de Dios: y seguramente que el ser libre por privilegio, el hombre, no podria hacer cosa mejor en su gobierno que imitar la naturaleza. Si, el interes general ó de todos debe anteponerse al interes particular ó de algunos: y el siglo XV, siglo de transicion entre la edad media y la edad moderna, declinaba ya á su fin, cuando la muerte de Carlos el Temerario y el anonadamiento de los demas grandes vasallos de Francia por la activa sagacidad de Luis XI; la ruina de los soberbios feudatarios de Inglaterra en las disensiones anárquicas de la *rosa blanca y de la rosa encarnada*; la unidad del reino de España en la última brecha de Córdoba, y la reduccion á diez *círculos* de las cien fracciones de la Alemania, y la prohibicion del desafío en la dieta Worms, derribaron á un tiempo los orgullosos castillos del mundo feudal.

Edad Moderna.

SIGLO XVI.

Luego que la artillería, arma del pueblo, hubo restablecido la igualdad en los campos de batalla haciendo pedazos la coraza germánica, que habia asegurado á los ricos feudatarios una superioridad de diez siglos sobre los ciudadanos sin fortuna, y que la imprenta hubo popularizado las ciencias, los tiempos modernos se asomaron, fecundos de juventud y de vida; y la Europa, desembarazada de la armadura de hierro que habia oprimido su libertad, y del tren pesado de argumentos y de sofismas de la obscura y tardía escuela gótica, se reviste de las gracias de la infancia, toma un carácter activo, radical é innovador, y se lanza al porvenir sobre el genio de la invencion y de los grandes descubrimientos.

El ilustre Bacon y Montaigne substituyen su profunda filosofía á la vieja autoridad de Aristóteles, carácter peculiar de la edad media; Copérnico derriba á Tolomeo con su sistema planetario; Napier inventa los *logaritmos*;

el inmortal Galileo determina los verdaderos principios de la mecánica y de la dinámica, enriqueciéndolas con varios descubrimientos por medio del termómetro, del microscopio y de los compases proporcionales, invenciones de su genio fecundo; y Kepler, entreviendo la armonía con la que el Creador ha dispuesto el universo, conoce que los planetas están con relación al sol á distancias representadas por las series 4, 7, 10, 16, 28, 52, 100, y descubre nuevos mundos en la inmensidad de los cielos, señalando la existencia del planeta que debió de ocupar el número 28, y que efectivamente se descubrió en 1804. Entretanto Harvey revela la vida en la circulación de la sangre, y enseña á estudiar su conservación en los saludables simples del repertorio de Gessner, gran naturalista y fundador de la nueva Zoolo-
gía. Ariosto y el Taso, Camoens y Shakspeare enriquecen con su brillante imaginación sus respectivos idiomas, y relegan el uso del latín á las sombras misteriosas del Santuario; mientras que Peruzi y Rafael, Alberto Durer y Miguel Angel, midiéndose cual atletas con los Praxiteles y Fidias, los condenan al olvido, y derriban igualmente la arquitectura gótica.

¡Todo es nuevo, todo es movimiento y actividad en la vida fecunda de aquel gran siglo!

El intrépido y constante Genovés acaba de arribar de San Salvador; y la pequeña Europa, lanzándose con Americo, Pizarro y Cortéz á las regiones del occidente, avasalla los mares y un nuevo mundo, multiplicando el pensamiento con el triunfo de los espacios.

En aquella brillante revolución del mundo intelectual, en que la razón, el buen gusto y la imaginación daban á la palabra una nueva vida, y abrían al espíritu con reformas útiles una carrera hasta entonces desconocida, los extravíos deplorables de Alexandro VI, de su hijo César Borja y de Julio II á quien Rafael retrató fulminando el mundo sin bendecirlo, no podían menos de suscitar una reforma. Ya en el siglo XII el virtuoso Hildeberto, obispo de Tours, habia dicho de Roma: “¡Dichosa ciudad, sino

tuviera dueño, ó si fuese vergonzoso á sus dueños la falta de fe!”

Y ahora Erasmo, Budeo y Vives, centro del movimiento literario, se remontan á los mas puros manantiales de la palabra; encuentran en la Biblia, en el Antiguo y Nuevo Testamento un idioma mas digno de las verdades sublimes del cristianismo que los sutiles sofismas de la teología escolástica, y proponen la substitucion.

No le era fácil á Roma salir airoso de la discusión: habia pasado el tiempo en que era la depositaria de la virtud, del talento y de las luces; la ciencia se habia hecho laica, y ninguno de los grandes inventores contemporáneos vestia la cogulla de Santo Domingo ni el cilicio de San Francisco. El papismo se habia dormido, y el mundo caminaba á pasos precipitados, se le escapaba; y hubo un momento en que la distancia era tanta, que por una y otra parte se sintió la necesidad de reglamentar las relaciones que debían existir entre la antigua autoridad pontificia y el nuevo poder del espíritu. Este fué el momento de *la crisis de las indulgencias*. De suerte que, cuando Lutero lanzó su primer grito de guerra, los escritos del triunvirato literario habian conquistado ya á favor de la reforma todos los hombres ilustrados y todos los eclesiásticos honrados de Europa.

Mientras la moral religiosa operaba su reforma, la reforma política consolidaba el poder moral de la corona. Ivan III sacude definitivamente el yugo de los mongoles, y cimienta el imperio ruso. Francisco I, padre de las ciencias y de las letras; Enrique VIII, fundador de la unidad política y religiosa de Inglaterra; Carlos V, el poderoso; y Soliman, el magnífico, elevan la política á la clase de ciencias, organizan la administración, y prueban con sus mismas contiendas que ya no es el tiempo de las conquistas, y que de hecho existe ya el equilibrio internacional. Aunque la historia del progreso universal deba abrazar en una sola concepción á todas las naciones de los tiempos modernos, por ser generales y patrimonio comun de todos los elementos de progresión, sin embargo, cuando al-

guna de ellas, como suele suceder, lleva el movimiento, á la vanguardia de la civilizacion, la historia debe consagrarle algun recuerdo de gratitud: y la España del siglo XVI tiene derecho á ocupar aquí el lugar de preferencia.

Sí, la España de aquel entonces supo aprovecharse de todos los beneficios que le ha concedido la naturaleza en cuantos elementos son necesarios á la vida. Todas las clases de la sociedad se dedicaban á un asiduo trabajo, llevando á su mas alto grado de perfeccion todos los ramos de industria nacional. El trigo no perdía mas, dice Olmeda, que el cinco por ciento en la molienda, en vez del quince que perdía fuera. Los vinos de Jerez, de Málaga y de Alicante, lo mismo que la cera, el lino, el cáñamo, la seda y riquísimos merinos excedían de la mitad á su consumo en el interior. La huerta de Valencia presentaba el aspecto de un magnífico jardin: plantíos de cañas azucaradas, cultivados sin esclavos, ostentaban su lozanía en el llano de la Vega, celebrado por su prodigiosa fertilidad; la florida Granada cultivaba el bananero, el platanero, el pistacho, el mirto y otras plantas tropicales, que la hicieron nombrar el *valle del paraiso*; y la fecunda Andalucía exportaba para el extranjero ricos y copiosos cereales, que traían á la memoria el recuerdo del Yemen.

Los productos manufacturados en España eran buscados en todos los mercados de Europa. ¿Quién no conocía la celebridad de las hojas de espada de Toledo, y los curtidos de las tenerías de Córdoba? Solo en Sevilla y en Segovia, refiere Campomanes, habia ciento cincuenta mil trabajadores empleados en los tegidos de lana y de seda, bordados, damascos, terciopelos, celebrados por su solidéz y elegancia, que ostentaban sus variados colores en la famosa feria de Medina del Campo.

El coral, el trigo, la sal, el acero, el hierro, el azafrán, beneficiados en Cervera, Sagarra y Horta, entretenían un gran comercio de exportacion; y de los puertos de Valencia, de Cartagena, de Málaga y de Cádiz salían mil quinientas embarcaciones mercantes, que llevaban á los

dos mundos los productos de la industria española, mientras otros tantos buques menores entretenían de uno á otro punto de sus costas el movimiento del comercio interior.

Aquel brillante reinado de Felipe II fué igualmente fecundo en grandes hombres. Juan Bautista de Toledo hizo el diseño del Escorial; y Herrera acabó aquel grandioso edificio, cuya belleza grave y severa era tan conforme con el carácter sombrío de Felipe. Navarrete, el Apolo español, Rivera, Velázquez, Alonso Cano, Zurbarán y Murillo, daban á las artes coloridos nuevos dignos de la gran nacion; al tiempo que Cervantes, vuelto mutilado de un brazo de la jornada de Lepante, gloria de D. Juan de Austria, precedía de poco en su elevada carrera de las letras á Lope de Vega-Carpio, de imaginacion brillante y fecunda, que escribió dos mil docienas comedias; á D. Alonso de Ercilla que compuso bajo la tienda de campaña su varonil Araucana, poema lleno de inspiracion y de originalidad, que Voltaire pone al lado de las obras clásicas de Homero, Virgilio, Camoens y Milton. Y en fin, Calderon, Solís Hurtado de Mendoza y Quevedo, á quien Sismondi llama el Voltaire de la España, llevaron hasta las regiones mas remotas el nombre español.

No necesitaba España para su grandeza de las remotas y extensas provincias que poseía en el nuevo continente; y atrevome á decir que si no hubiera nunca visto las *islas afortunadas*, cuyas montañas de oro y de plata con sus ríos de perlas y de diamantes le hicieron abandonar y olvidar la agricultura, la manufactura y el comercio, la España no se hubiera empobrecido con tan extraña rapidez, ni cedido á otra nacion, mas amante del trabajo, su glorioso puesto del siglo XVI.

Entretanto, al otro lado de los Pirineos, tierra de mi dulce reminiscencia, foco de vida y de libertad, fermentaba el Contr' un de la Boetie, del buen amigo de Montaigne, digno sucesor de Pot en los verdaderos principios del gobierno liberal. Pobres gentes, pueblos ciegos, decia, vosotros vivís de un modo que podeis decir que nada teneis, ni campos, ni casas, ni muebles antiguos y pa-

ternos, ni la misma vida, puesto que todo esto os lo puede arrebatar aquel que no tiene mas que dos ojos, dos manos, un solo cuerpo, ni otra cosa que no tenga el mas infeliz de entre vosotros, sino es la fuerza que le dais con vuestra *voluntaria servidumbre*.

Este libro, este llamamiento á todos contra uno, al pueblo contra el rey, fué suscitado por la arbitrariedad de la corona, abusos que suelen acompañar los primeros momentos de una victoria costosa, de su triunfo sobre la nobleza que durante tanto tiempo la habia tenido en tutela; fué suscitado por los violentos excesos que se cometieron en medio del tumulto confuso de opiniones contradictorias y de encontrados intereses, relativos á la forma y dimensiones del moderno edificio social que se debia levantar sobre las ruinas del mundo político y religioso, científico y literario de la decrepita antigüedad y de la edad media moribunda.

Oh! si Leon X, príncipe de los artistas y de los poetas mas bien que pastor de los fieles, hubiese estudiado su posicion y puéstose al frente de la reforma, en vez de querer contrarestarla con violencia; si el exasperado reformador se hubiese contentado con sus primeros y útiles triunfos.

Pero la prudencia y la caridad fueron desoidas hasta que las rehabilitára en toda su dignidad y dulzura el mas noble caballero, el rey mas bondadoso y sabio que haya ocupado el trono de San Luis, Enrique IV quien no se admira porque se le ama, discípulo y maestro de Sully cuyo nombre es un elogio.

Activo é infatigable, leal y clemente, de buen sentido y de buen humor, es Enrique el único rey de quien el pueblo ha conservado memoria; y solo Sully, su ilustre ministro, político profundo y sincero, administrador economista y diplomático sagaz, podia competir en sabiduría política y en nobles sentimientos con aquel gran monarca, que solia decir: no descansaré hasta que el mas pobre aldeano pueda poner cada domingo una buena polla en su puchero.

Enrique IV proyectó la *república universal*, no ya como en la antigüedad en que el mas fuerte, encadenando á su carro los pueblos vencidos, los nivelaba á todos bajo de una misma condicion, la condicion ignominiosa del esclavo; no, el buen Enrique *no queria reinar entre ruinas*: elevándose sobre la mezquina esfera del egoismo municipal, pensaba extender la felicidad de *sus hijos*, de aquel pueblo francés á quien tanto amaba, á todos los pueblos del universo, enlazándolos á una misma patria, regida por las ciencias y la justicia de un congreso universal.

Este sublime proyecto, superior á mas de tres siglos que lo irian por grados ejecutando, comenzó por reunir en Nantes á los contendientes religiosos que vinieron á deponer sus armas ensangrentadas, altamente injuriosas al Dios de paz que con ellas, insensatos, habian creído honrar. Este paso á la humanidad fué extensamente secundado por el tratado de Westfalia, tribunal supremo de justicia universal, que resolvió todas las cuestiones políticas y religiosas de Europa, asegurando la libertad de conciencia, y la proteccion del derecho de gentes á los estados débiles por el justo equilibrio que ratificó entre las naciones preponderantes.

Y así, separando la teología y la fe de la filosofía y de la razon, la arbitrariedad de las bayonetas de la política y del buen derecho, determinó á cada institucion su carácter propio y mas conducente al bien de la sociedad.

¿Quién, al leer la historia del siglo XVI, no se siente penetrado de placer y de noble orgullo al ver tantos y tan grandiosos descubrimientos en el breve espacio de unos cuantos años; tantos hombres ilustres, genios privilegiados que se disputan el primer puesto en esa brillante revolución del mundo intelectual? Ante ese imponente espectáculo del *renacimiento*, en que la actividad del hombre se apodera de todo, filosofía, artes y religion, para renovar todo, me remonto á los siglos, y ninguno, ni el de Pericles, ni el de Augusto, ni el de Carlomagno, ninguno de los que le precedieron tuvo tanta vida, tanta gloria, como el siglo de Leon X.